

JOSÉ LUIS VENEGAS

# **ANDALUCÍA SUBLIME**

**La imagen del Sur en la cultura  
española contemporánea**

Marcial Pons Historia

2024

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS .....	11
INTRODUCCIÓN. EL BUCLE ORIENTALISTA .....	13
Sublimidad andaluza .....	16
El orientalismo en España.....	27
Andalucía ante el desafío de la modernidad .....	34
Resumen de capítulos.....	40
CAPÍTULO 1. EL ORIENTE INTERNO.....	45
Arabismo y africanismo.....	48
Orientalismo andalucista.....	52
Política y flamenco .....	61
Marruecos andaluz .....	70
CAPÍTULO 2. CULTURA Y MODERNIDAD DESDE EL SUR (1898-1936).....	83
Contra Andalucía .....	86
Quijotismo y donjuanismo .....	91
La España castellana y sus instituciones.....	96
El paradigma orteguiano.....	106
El sur responde.....	112
El andaluz universal .....	114
Modernidad exótica .....	122
Coda divagante .....	134

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 3. ANDALUCÍA Y FRANQUISMO .....	139
Pantallas de humo .....	145
Carmen y el Caudillo.....	150
Meditaciones andaluzas .....	161
<i>Spain is different! (and yet the same)</i> .....	166
Orientando y des-orientando.....	172
Territorio en disputa.....	179
CAPÍTULO 4. AUTONOMISMO ANDALUZ: LA PERSISTEN- CIA DEL MITO .....	195
Televisión étnica .....	206
Exhibicionismo cultural.....	215
Una autonomía de museo.....	229
EPÍLOGO. ROMPIENDO EL HECHIZO IDENTITARIO.....	241
NOTAS.....	255
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	271
Archivos.....	271
Periódicos y revistas .....	271
Artículos y monografías .....	272
Filmografía.....	296
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES .....	297
ÍNDICE DE MATERIAS .....	299

## INTRODUCCIÓN

# EL BUCLE ORIENTALISTA

En una fresca mañana primaveral de mediados de los años noventa, Antonio Gala pronunció un memorable discurso ante un grupo de bulliciosos estudiantes y pacientes profesores reunidos en el patio del instituto de enseñanza secundaria de Palma del Río (Córdoba). El centro, que aún lleva el nombre del ilustre escritor, celebraba su primer cuarto de siglo. Recuerdo haber escuchado la charla conmemorativa con una mezcla de satisfacción y escepticismo. Gala reiteraba que nosotros, los andaluces del futuro que en pocos años entraríamos en la mayoría de edad, éramos los herederos de una rica tradición cultural que se remontaba a al-Ándalus. Mientras catalanes, vascos y gallegos enarbolaban sus lenguas como rasgo distintivo, nosotros debíamos sentirnos orgullosos del legado andalusí presente en nuestra arquitectura, gastronomía, carácter e incluso en nuestra peculiar habla. Las palabras de Gala resonaron con gran fuerza y convicción, evocando el patriotismo regionalista que, a partir de la transición democrática, se extendió inexorablemente por todos los rincones de la península<sup>1</sup>. Se nos instaba a sentirnos más andaluces que nunca y a comprender esa convicción como el fundamento de nuestro futuro individual y colectivo.

El mito de la Andalucía musulmana, que Gala desplegó ante mí y mis compañeros como el estandarte de un nuevo nacionalismo doméstico, comenzó a tejerse casi dos siglos atrás en las páginas de escritores románticos como Théophile Gautier o lord Byron, que imaginaron la región como un Oriente exótico y onírico, retrasado y arcaico, pero inmune a los efectos alienantes de la industrialización y la vida urbana, que ya se extendían por el norte de Europa. A tra-

vés de un complejo y a veces contradictorio proceso de identificación y rechazo, los mismos españoles comenzaron a percibir esta imagen orientalizada o bien como el cimiento de su identidad patria o bien como un atributo deshonroso, indigno de una nación europea. El pasado andalusí, teñido de fantasías románticas, sirvió de inspiración para la arquitectura neomudéjar de los pabellones españoles en las exposiciones universales del siglo XIX, pero también ha sido objeto de menosprecio por parte de influyentes historiadores contemporáneos, tanto conservadores como liberales, entre ellos Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez-Albornoz, quien llegó a afirmar que «sin el Islam, España habría seguido los mismos derroteros que Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, y a juzgar por lo que, a pesar del Islam, hemos hecho a través de los siglos, acaso hubiéramos marchado a su cabeza»<sup>2</sup>. El legado de al-Ándalus, reflejo y proyección de la nación más allá de sus fronteras, pero también supuesto obstáculo para la plena integración en Europa, ha moldeado un «bucle de Moebius» en el que, según explica Susan Martín-Márquez en su obra *Desorientaciones* (2011), España se revela como un país a la vez orientalizado y orientalizante, tanto objeto como fuente de fantasías y estereotipos donde lo exótico y misterioso son el envés del prejuicio y la marginación<sup>3</sup>.

Este libro examina los vínculos entre España y su percepción orientalista, desplazando el enfoque de Martín-Márquez desde el colonialismo español en África, su tema de estudio, hacia Andalucía, una región que se ha debatido entre la inclusión y la exclusión de la imagen nacional desde los albores del siglo XIX, cuando los españoles comenzaron a concebirse como pueblo y nación moderna, hasta bien entrado el siglo XXI, con la aparente consolidación del modelo autonómico. Igual que un bucle que, al carecer de un interior y un exterior claramente definidos, se entrelaza de manera continua consigo mismo, el nacionalismo español, estrechamente ligado a las narrativas orientalistas, ha orientalizado asimismo a Andalucía, creando una continuidad entre lo propio y lo ajeno, lo autóctono y lo foráneo, lo anhelado y lo rechazado. Este bucle se ha desplegado tanto en la alta cultura como en la de masas; en la poesía vanguardista y los debates filosóficos más sofisticados, así como en el cine, el folclore musical y la televisión. Se manifiesta en los escritos de José Ortega y Gasset tanto como en las coplas y películas de Lola Flores. Lo hallamos en el verso depurado de Juan Ramón Jiménez y en la arquitectura *kitsch* del pabellón de Andalucía en la Expo'92, en galerías de

arte y en programas de máxima audiencia como *Andalucía Directo*. En esta vertiginosa espiral de poetas y pabellones, filósofos y folclóricas, museos y medios de comunicación, un gesto se repite sin cesar: la designación de Andalucía como un territorio que, de manera simultánea y contradictoria, representa el núcleo simbólico de lo español y su reverso exótico.

Esta ambivalencia desafía los principios que caracterizan tanto al nacionalismo español como a los nacionalismos periféricos que, desde el siglo XIX, han buscado establecer la singularidad identitaria, la exclusividad cultural e incluso la independencia política. A pesar de sus discrepancias, el centro y las periferias sostienen y defienden una conexión inquebrantable entre lengua, historia, cultura y territorio. Sin el gallego, el vasco, el catalán y el castellano no podrían concebirse sus nacionalismos correspondientes, ni tampoco sus fronteras y mitologías. Parafraseando a Elio Antonio de Nebrija, podríamos afirmar que la lengua ha sido siempre compañera del nacionalismo, o, más precisamente, que los nacionalismos siempre han aprovechado la lengua como un medio privilegiado para consolidarse. Aunque es innegable que la comunicación verbal en la lengua materna genera fuertes lazos afectivos y sociales, cabe preguntarse si estos lazos siempre han de conducir a la creación de identidades homogéneas y excluyentes. Al explorar el nacionalismo español desde la perspectiva andaluza, nos damos cuenta de que esa unión entre lengua e identidad, así como las relaciones antitéticas que con frecuencia se derivan de ella son difíciles de sostener. El andaluz es una variedad regional del español, así como Andalucía no puede concebirse como entidad independiente de España. Los «hechos diferenciales» andaluces han podido justificar la devolución de competencias políticas en el presente autonómico e incluso pergeñar la categoría de «nacionalidad» para la región, pero difícilmente podrán producir réplicas de los modelos independentistas vasco y catalán. A pesar de haber evocado los estereotipos más degradantes del españolismo, Andalucía ha permanecido en una especie de limbo, revelando fisuras e incongruencias en la imagen nacional, en lugar de erigirse como una alternativa antagónica.

Aunque estas cuestiones teóricas entran en el debate acerca del origen, desarrollo y significado del nacionalismo español, su explicación en este libro parte de motivaciones de índole personal. Al adentrarme en el análisis de mis propias señas de identidad como andaluz, busco establecer lo que Edward Saïd denomina, en su obra *Orientalismo* (1978), la «localización estratégica» o posición que un autor